

mó de las mujeres las compañeras y consejeras del hombre, contribuyó en Asia á reducir las á la esclavitud, acumulando á estas infelices criaturas en voluptuosos retiros, expuestas á la sed siempre excitada y jamás saciada, y consumiéndose en los deseos de una pasión única y no satisfecha. Por consecuencia, no fué nunca allí moral el amor, antes bien, debilitados los lazos de familia, fueron frecuentes los asesinatos domésticos y los parricidios, y la naturaleza vindicó su ultraje con la tiranía. Porque allí donde la mujer no es la dulce compañera, sino la esclava del hombre, cada casa es una monarquía despótica; y esta asociación de tiranos obedece á un jefe, feroz y absoluto señor en la ciudad, como el particular en la familia.

La fuerza y la prohibición, sin embargo, no bastan á mantener unidos los pueblos ni en la monarquía ni en la república. Ya en la vida errante no era la necesidad lo único que los asociaba, sino también la comunidad de ritos y creencias, que habían alterado más ó menos las primitivas de los patriarcas. Unos adoran á la criatura, que están destinados á dominar; otros exageran la idea de Dios, persuadiéndose de que es todo, y que por tanto todo debe ser adorado; aquéllos personifican la naturaleza, más ó menos identificada con las potencias del alma; éstos reducen la religión á contemplación, como en la India, y los hay que la hacen toda práctica, como en Egipto y la China. La sociedad política reproduce el orden de los cielos. El entendimiento y el corazón están como los sentidos expuestos á ilusiones: de aquí que los contempladores adoptasen con frecuencia falsas ideas sobre el orden teológico, ó lo aplicasen malamente al social, y que los prácticos se engañasen respecto de las necesidades de los pueblos, é imaginaran una mitología incoherente que extravió los ánimos. Las pasiones individuales contribuyeron á ello en gran parte: por ambición monopolizaron algunos para su clase toda especie de conocimientos, y construyeron la sociedad entera para su propio beneficio; por lo que llegaron á constituirse castas separadas, y la religión se materializó por haber sido subordinada á los intereses.

La religión adquiere después carácter nacional, y la idea de una divinidad tutelar une á un pueblo con lazos estrechísimos, como for-

mados por el sentimiento; se instituyen fiestas en las cuales únicamente toma parte la nación, y santuarios que se convierten en capital del Estado y centro del comercio. Sagradas, en efecto, son las ciudades más antiguas, como lo indican los nombres de Jerusalén, Hierápolis, Hieracoma, Hierabolo, Hierapetra, Hieragerma, Diospolis: Babilonia quiere decir *ciudad del Dios*; *sede de los oráculos* significa Phir en la Siria; Ilion se decía fabricada por Neptuno, y no podía destruirse mientras permaneciese en ella el Paladion; y á este tenor toda ciudad primitiva tuvo un nombre sagrado que permanecía secreto, de tal suerte que jamás se supo ciertamente el de Roma.

Digo secreto, porque muy pronto se introdujo el misterio en las religiones, reservado á una clase especial de personas, quienes por privilegio ofrecían los sacrificios, consultaban á los dioses, anunciaban sus mandatos, y comunicaban una parte de la doctrina al pueblo, cuya ciega voluntad dirigían á su gusto de esta manera. Quizá eran éstos los jefes de las tribus patriarcales, á quienes sabemos correspondía el precioso privilegio de los sacrificios, y que constituían la clase de los sacerdotes, después que se establecieron en moradas fijas. Habiendo guardado mayor parte de las tradiciones antiguas, y conducidos por el natural instinto, que hace conocer á los hombres mejores la necesidad en que están los menos buenos de someterse y recibir educación de ellos, se servían de su ciencia como instrumento de poder. De aquí emanaron entre los antiguos los gobiernos teocráticos, admirablemente adecuados á los pueblos rústicos, para los cuales, en vez de la razón que explica las combinaciones políticas, está la voluntad divina. Estos gobiernos fueron comunes en Asia, y solo la Grecia fué separando paso á paso el sacerdocio del gobierno.

Las teocracias se ligaban á la historia de los tiempos pasados; por cuya razón consistía su estudio en trasladar al propio país la escena de los acontecimientos antiguos, y en fabricar mitologías y cosmogonías, nacionales, encaminadas á describir un círculo alrededor de los pueblos unidos por la espada. A causa de esto se pintaba en ellas la patria como centro, *reino del medio*, región de la luz y de la felicidad, á

cuyo alrededor se condensaban tanto más las tinieblas, cuanto más se alejaba uno; y de aquí proviene el desprecio hacia los extranjeros, reputados centauros, sátiros, faunos, mirmidones, razas infelices todas, en comparación de ellos, que eran los únicos hombres verdaderos.

A pesar de esto, todavía producían las religiones un beneficio efectivo, oponiendo al brutal derecho de la fuerza una legislación apoyada en una voluntad superior. Por consiguiente, se levantaba al frente del rey la clase de los sacerdotes, imponiéndole por límite la norma de lo justo, ó las ceremonias y los decretos de los dioses. Verdad es que los sacerdotes no representaban al pueblo, ni se cuidaban de sus derechos; pero de cualquier modo, moderaban la arrogancia de los poderosos, refrenaban los vicios, y difundían ideas de justicia y moralidad.

El legislador no es como el físico, que no hace más que estudiar las leyes preexistentes de la naturaleza. Aquél debe imaginar un estado mejor que no existe aun, pero lejos de querer establecerlo en toda su perfección, debe aceptar al hombre como se lo den las circunstancias, y encaminarlo á él por medio de combinaciones meditadas.

Pareció oportuno á los primeros legisladores establecer una relación entre el mundo moral y el físico, y creyeron que siendo éste perfecto como obra de Dios, era menester asimilarle el moral; por eso tiene tanta parte en sus constituciones la cosmogonía; por eso también se fingieron los legisladores, y quizá algunos se creyeron, de una naturaleza superior y en comunicación directa con la divinidad, porque veían entre las cosas muchas relaciones, que pasaban inobservadas por el resto de los mortales.

Toda la gerarquía persa está fundada en su mitología; y Luciano dice que Licurgo tomó del cielo el orden de administración y de distribución que aplicó á su república.

La dualidad que los Egipcios colocaban en el cielo, aparece en su constitución civil, que establecía dos naturalezas distintas; una intelectual y activa, representada por la aristocracia sacerdotal, y la otra material y pasiva, representada por el pueblo.

Además, el estar tan unida la legislación con

la religión, les daba gran fuerza para resistir sin conmoverse por las revoluciones internas y los ataques exteriores.

Porque aun después de constituidos los Estados continuaron las luchas principales entre las tribus; y la naturaleza del Asia contribuía á las subversiones rápidas y frecuentes que allí nos presenta la Historia. En Asia las grandes alturas y las fuerzas de los vientos hacen que los climas más diversos se toquen; y el hombre endurecido por el rigor de las estaciones confina con aquel á quien enervó una blanda temperatura. Amenazan á las naciones civilizadas del Asia, como el Océano á la Holanda, los tártaros, los afganes, los mogoles y los manchús, conjunto de pueblos que los antiguos confundieron bajo el nombre de escitas, y los modernos bajo el de tártaros. Los partos y persas ejercitaban sus proezas en los montes, mientras los árabes y mogoles, con el latrocinio y las correrías, adquirían por costumbre un valor no calculado, sino impetuoso. Éstos desde las áridas llanuras del Norte y los desiertos del Mediodía, aquéllos desde las montañas, se desbordaban de vez en cuando, siguiendo el curso de los grandes ríos, que si servían de manantial de riquezas para el país, también le dirigían las incursiones hostiles que con ímpetu irresistible sojuzgaban á las naciones civilizadas. Quien considere sobre qué inmenso espacio extendieron sus irrupciones; quien vea á los árabes dominar desde el Pirineo hasta la India, á los mogoles con los sucesores de Genis-kan combatir á orillas del Oder y junto á la muralla de la China, no se maravillará de que en su ignorancia se propusieran alguna vez subyugar todo el ámbito de la tierra.

Sin embargo, no deben atribuirse únicamente á las grandes llanuras las inmensas conquistas de que fué teatro el Asia, pues que los drusos, los curdos y los maratats conservaron siempre su independencia; y en los montes de la Asiria, fácilmente atravesados por Alejandro Magno, opusieron los partos invencible resistencia á las legiones romanas. Otra causa de tales conquistas fué lo vasto de los mismos imperios, que abrazaban infinitas tribus sin darles unidad. El patriotismo, por tanto, no reunía los esfuerzos contra el invasor, y son des-

conocidas en la historia asiática las generosas barreras opuestas por los europeos en las Termópilas y en Asturias. El déspota confiaba la tutela del reino por lo general á la caballería, buena para el ataque, é inepta para la resistencia. Por ello, y por la falta de plazas fuertes, tomaban fácilmente los invasores la capital, y vencida ésta, las tribus, reducidas por la fuerza á una monstruosa unidad, aceptaban la nueva servidumbre, ó más bien, errantes á lo lejos y sin patria, apenas notaban la variación de yugo.

Los conquistadores, por lo demás, no llevaban de sus países una constitución acabada y perfecta que imponer á los vencidos. Dividían el territorio conquistado entre los diversos jefes armados, que le arrancaban por vía de rescate el mayor tributo posible, y refrenaban á las tribus dispersas; alguna vez un capitán ó sátrapa ocupaba una porción de territorio, y pagando un tributo determinado, disponía de lo demás á su talento.

Los nuevos dominadores adoptaban luego las costumbres de los vencidos en la parte más corrompida; se aprovechaban de su cultura, no para mejorar su moral, sino para aumentar su lujo: cuanto más repentino era el tránsito de un estado de civilización á otro, tanto más querían gozar los deleites sensuales; lo cual favorecía en gran manera la influencia de las instituciones nacionales, mayormente cuando estaban confiadas á cuerpos unidos y poderosos por la religión; y así la corrupción de los primeros invasores allanaba el camino á otros, que á su vez se corrompían y eran vencidos.

A semejante origen correspondía el gobierno. Dominando en pueblos tan diversos, no podían los reyes preparar aquellas buenas constituciones que se fundan en las costumbres y en la naturaleza especial; siendo ley por el contrario la voluntad del monarca, que en vez de cetro empuñaba la espada. En estas circunstancias, necesariamente debía confiar aquel sus conquistas á sátrapas, tanto más poderosos cuanto más lejanos, que á imitación del monarca tiranizaban y aniquilaban al pueblo, precipitándose cada vez en mayores abusos cuando el rey era débil y clemente, y creciendo así la necesidad de un gobierno duro y fuerte. En el ejercicio de su poder los sátrapas llegaban á

conocer su propia fuerza, y fácilmente abusaban de ella; de aquí las frecuentes rebeliones, causa de discordias intestinas y predisposición á invasiones extranjeras.

Algunos califican de benévolos y clementes á aquellos conquistadores por haber respetado las leyes y costumbres de los vencidos. Por el contrario, esto no indica más que ignorancia é incapacidad; significa que nada hicieron en favor de los conquistados, ni para librarlos de la arrogancia de los sátrapas, ni para protegerlos contra la codicia de los exatores. Conquistado un país, se exigía de él que obedeciera y pagase; esta es fácil legislación, y para conseguirlo se valían de medios que la actual civilización no permite, ó por lo ménos quiere encubrir. Uno de ellos era el de trasladar á otros países poblaciones enteras, como sucedió con las de los hebreos, que fueron conducidos á Babilonia y Asiria; de los egipcios, trasladados por Nabucodonosor á la Cólquide y por cambises á Susa; de los griegos y de los insulares llevados al centro del Asia. Circundábase á veces con el ejército un país, y luego una batida general iba expulsando á todos los seres humanos, y así lo dejaba de un golpe deshabitado.

Otro de los medios era enervar á los vencidos con una educación afeminada, como se hizo con los lidios, obligándolos á renunciar á las armas y á entregarse á la elegancia y á la molición; y como hizo Jerjes con los babilonios, quitándoles las armas, y estableciendo entre ellos casas de recreo y de libertinaje.

Pero no siempre se hacía la conquista por bárbaros, ni destruía la civilización. En aquellas frecuentes emigraciones de pueblos, no establecidos aún en lugares fijos, se encontraban tribus distintas entre sí por sus ocupaciones, por su riqueza, cultura y religión. A veces se asociaban unas á otras, y la primera condición de la sociedad era la recíproca adopción del Dios; con lo cual se venían á multiplicar las divinidades, formándose aquella amalgama que aparece más ó ménos en todos los cultos. Pero si bien se acercaban estas tribus entre sí, todavía continuaban entre ellas las distinciones así de profesión como de raza. Con frecuencia estallaban contiendas, y la que vencía, imponía por la fuerza á la otra la distinción de los

derechos y de las castas; y orgullosa y potente, se apartaba de todo contacto con la raza vencida, la privaba de sus leyes, de sus dioses, de los matrimonios legítimos, y la obligaba á penosos servicios como plebe y vulgo sin nombre.

Otras veces llegaba á dominar una tribu que había conservado ménos impura la tradición primitiva de la verdad, y que haciéndose maestra de las demás, propagaba con la religión el conocimiento de las artes y del saber; si bien esto solamente en cuanto bastaba para amansar á los toscos y domar á los fuertes, sin poner en peligro la supremacía que le daban los conocimientos y el ejercicio del culto. De este modo se formaron las castas; severa distinción que hallaremos casi por todas partes en Asia, y que en algún país sobrevivió á mil vicisitudes, y aún á la pérdida misma de la independencia.

Las castas solían ser tantas como los pueblos sobrepuestos unos á otros, si bien con frecuencia dos ó más se fundían en una, y la división se reducía á las tres principales de guerreros, sacerdotes y artesanos. La primera era la más numerosa; pero los guerreros no combatían solos, sino que armaban á otros individuos, los cuales no por eso ingresaban en la casta, así como hicieron Esparta con los ilotas, Roma con los esclavos, y los señores feudales de la edad media con los villanos. En algunas ocasiones se dejaban también á los vencidos sus dioses, como los dejaron los medos á los caldeos, y tal vez éstos á los babilonios.

Estos hechos predominantes en los acontecimientos del Asia nos describen su historia innominada, explicándonos la grande uniformidad de sus revoluciones, y la diferencia entre éstas y las europeas. Imperios que no se forman como entre nosotros poco á poco, sino de improviso por la irresistible inundación de bárbaros, que no conocen más medida para los hechos que la fuerza: monarquías que comprenden en su extensión la tiranía más absoluta, el feudalismo, las federaciones y hasta las repúblicas, según el régimen que antes de la conquista tenían los vencidos, pero pesando sobre todas el despotismo, necesario ya desde el momento en que se habían infringido las leyes de la naturaleza hasta el punto de extender la

dominación sobre una multitud de pueblos que, siendo diferentes en idioma, costumbres y creencias, no podían reunirse sino bajo una voluntad arbitraria: constituciones incorporadas con la religión y sin poder llegar á su madurez, así por esto, como por causa de las barreras que imponía la diferencia de castas: un gobierno de sápatras, dura necesidad de las conquistas; intrigas de serrallo, y de cuando en cuando invasiones de nuevos bárbaros; tal será el espectáculo que nos ofrecen en general los reinos de Asia antiguos y modernos. Con frecuencia presentaremos el paralelo entre éstos y aquéllos, ya que la historia de Asia, en la uniformidad de su desarrollo, reproduce á larguísimo intervalos los mismos hechos ó las mismas ideas.

En medio de estas convulsiones continuaba sus progresos el comercio, otro grande instrumento de civilización. Dirigido desde muy al principio hasta los países más abundantes en géneros, y especialmente hácia la India, difundía las mercancías por todo el mundo, sus puntos de depósito llegaron á ser ciudades importantes, y aún los pueblos invasores se apresuraban á restablecer la seguridad de los caminos, á fin de sacar de las caravanas tributos para el erario, riquezas para el país, y pasto para el lujo y los deleites.

La religión lo protegía con su sombra, ofreciendo al rededor de los templos asilo seguro á los mercaderes, y en las solemnidades ocasion de reuniones y de negocios entre los peregrinos que acudían á ellas. De este modo se había engrandecido la Meca antes de Mahoma; y hoy todavía en Tenta, en el Delta egipcio, cerca de la tumba del santo mahometano Sidi Acmed, una multitud de peregrinos de Egipto, de Abisinia, de Arabia y de Darfur, celebra una feria muy animada, en que las producciones del Alto Egipto, de las costas de Berbería y de todo el Oriente se truecan por los ganados y el lino del Delta. Un origen semejante tuvieron en la edad media los mercados y las ferias, que aún continúan en nuestros países cerca de los monasterios é iglesias y en las solemnidades.

Los diversos estados, procedentes de todas estas causas, conservaron la índole del pueblo ó de la casta que primeramente los organizó, siendo guerreros en Asiria, sacerdotales en la India, comerciantes en Fenicia.